



A la vera de un escándalo

Alguien me dice que aparte de lo lamentable, deberíamos agradecer el debate, porque ayuda a legitimar ideas y a lavar la ropa sucia. En Chile no hay debates: sólo descalificaciones y recados. Ni un cardinal puede plantear sustanciales prevenciones religiosas sobre el divorcio sin ser crucificado. Lo que no agrada o molesta a los que creen ser dueños de la verdad, corre peligro de censura. Lo ocurrido en el Premio Nacional de Literatura 2000, dice Volodia Teitelboim, debiera dar lugar a salvar su espíritu y tradición. Tal vez ayude a lograr "inmortalidad", la enseñanza del clásico. Cuando he de escribir una comedia amarro los precepitos con seis llaves.

El Premio Nacional de Literatura fue propuesto al presidente Pedro Aguirre Cerda, por Alberto Romero, autor de "La viuda del conventillo", justo con señalar había fondos utilizables con autorización legal. Don Pedro, con su generosidad proverbial, respondió: "Yo tengo al primer ganador. Usted". Romero declinó el halago y expuso un proyecto para estimular "una vida entera entregada al ejercicio de las letras" y propender al desarrollo del noble afán vocacional, mediante decisión de jurados, ilustrados y competentes, que eligieran en justicia. El 9 de noviembre de 1942, en la presidencia de Juan Antonio Ríos, prosperó la Ley 7.368, base, varias veces reformada, de los Premios Nacionales, que serían multiplicados.

El primer galardonado fue Augusto D'Halmir, figura venerable o indiscutible (1943); siguieron, Joaquín Edwards Bello (1943), Mariano Latorre (1944) y Pablo Neruda (1945). Como suele suceder, jamás se consideró los meritos de Alberto Romero. La ingratitud afectó a otras figuras: María Luisa Bonifaz, reclamada por Alonso; Luis Dumard, novelista de "Frontera"; Vicente Huidobro, Andrés Bello, Carlos León y otros que deleitaron generaciones. Quedó resonando el sordido olvido, pero, como el poho, bajo las alfombras. Las leyes de premios, con pensiones, para crear sin penurias económicas, si hicieron justicia, despertaron apetitos y ambiciones.

Habo, cierto es, desavenencias literarias y de otras. Sin llegar a connotaciones como las actuales, causaron ventoleas, afortunadamente, esclarecidas, probadas y medidas con la vara del buen juicio. En 1930 se otorgó el premio a Jo-



sé Santos González Vera, a quien algunos rechazaron por haber escrito sólo dos libros: "Vidas míltimas" y "Alfard". La solvencia moral y cultural del jurado - aspecto que debe dar en el clave ardiente -, aplacó dudas y malquerencias: Juvenal Hernández, rector de la Universidad de Chile, el escritor y crítico, Ernesto Montenegro y Francisco Walker Linares, presidente de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual. La certificación de Montenegro, "estimo que esta obra es representativa del genio nacional en sus mejores aspectos", asordó los enfados, aplacados, después, en los disidentes justos, cuando tuvieron la satisfacción de paladear aquellas páginas realmente admirables.

Otro olvido, oportunamente salvado, en 1951, otorgó a Gabriela Mistral el Premio Nacional; parecía increíble no asignarlo a quien, en 1945, ganó el Nobel de Literatura. Nunca hubo ventoleas, como en el caso Zurita, en que un jurado se negó a firmar el acta. Antes los fallos eran tradicionalmente unánimes y sin comentarios públicos. De ahí el escándalo. Otros postulados, evidentemente meritorios, optaron por salir a la palestra y señalar lo que consideran no sólo error; también, injusticia. Ahora proponen cambios drásticos, dejar fuera a figuras como el ministro y el rector, y nominar personeros, ojalá universitarios, probadamente expertos en la materia, con acopio de algunas consideraciones,

que parecen algo hirientes.

Experiencias anteriores revelaron que las acciones de algunos hermanos de la República de las Letras, dejaron recuerdos amargos. La idea es impedir prevalezcan la politiquería y los intereses creados. Hubo mucho pan rebunado y la receta parece nominar personas afines a la disciplina de resolver, de probada estatura en la vida pública y sin compromisos partidistas. En el caso de los autores, premiar al mejor, a juicio mayoritario, sin alternar disciplinas. Tal hicieron, respectivamente, en 1945, 1947, 1948 y 1949, con los poetas Neruda, Samuel A. Lillo, Angel Cruchaga, y Pedro Prado, o con novelistas, según es fácil constatar en listados referidos a los premiados.

Con franqueza, sin desconocer la obra del poeta Raúl Zurita, todavía joven (1951), parece primar una comparación ética y estética con los nombrados; y Gabriela, Daniel de la Vega, Víctor Domingo Silva, Max Jara, Julio Barrerenechea y Nicanor Parra, Premios Nacionales, que cantaron, aunque hubiese convicción política - como en Neruda o Pablo de Rokha -, sin que ríngano de ellos, exaltara, tan a flor de postulación al galardón, a su "Presidente, excelencia, compañero", por ese buen gusto y delicadeza, que debe caracterizar a un artista.

Rodolfo Garcés Guzmán *

* Periodista

al Sur, Concepción, 30. VIII. 2000 p. 3.

595668

A la vera de un escándalo [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A la vera de un escándalo [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile